

## El romanticismo político

A medida que frente a la crisis que estamos viviendo, como parte de una Humanidad en cambio acelerado y permanente, más intentamos profundizar la búsqueda de los orígenes de la misma, más confirmamos las múltiples tesis que se inclinan por sostener que la ebullición de las ideas que nos inundan en estas últimas décadas son herederas del torbellino ideológico que, como bien sostuvo Friedrich Heer (1), fue el siglo XIX.

En el marco de la maraña de ideas que caracterizaron los mediados de ese siglo hemos tratado de rescatar el fenómeno cultural que se dio en llamar Romanticismo, destacando algunos aspectos que nos parecen de especial interés y que consideramos han sido menos señalados por los especialistas en esta temática.

En la vida cotidiana y aún en el ambiente universitario la sola mención del término «romanticismo» nos trae a la mente, por un lado, un movimiento estrictamente afectivo y, por otra parte, una inmediata referencia a la literatura y a la música. Si preguntamos a cualquier persona medianamente instruida sobre el romanticismo hará referencia a Goethe, Byron, Dickens o quizás a Beethoven y Wagner; si tiene una formación algo más profunda, mencionará también a Delacroix.

Aún en este siglo destacados autores como Benedetto Croce no vacilaban en escribir «políticamente no eran nada, sino simplemente enfermos de los nervios y de la imaginación... El dolor del mundo, el misterio del universo, los ímpepts hacia lo sublime del amor y del heroísmo, las declaraciones y desesperaciones, por las soñadas e inalcanzables beatitudes, los paseos bajo la luna amiga, las hamletianas visitas a los comentarios, la palidez romántica, las barbas y las cabelleras románticas, el estilo romántico» (2).

(1) HEER, Friedrich. *Europa, madre de revoluciones*. Madrid, Alianza, 1980, 2 v.

(2) CROCE, Benedetto. *Historia de Europa en el siglo XIX*. Buenos Aires, Imán, 1950, p. 64.

De esta forma, y de una manera similar a nuestras referencias sobre el Renacimiento, que suele identificarse con Miguel Ángel, Leonardo o Rafael, el romanticismo ha sido «conquistado» por los literatos y convertido en un movimiento específicamente estético.

Una observación algo más cuidadosa de esta temática —y orientada especialmente al campo de las ideas políticas y de una visión cosmovisional de la historia— nos lleva a modificar algunos de estos conceptos, o quizás más exactamente, ampliarlos.

Podríamos exponer —a modo de ensayo— que el Romanticismo fue una corriente «reaccionaria» —en el verdadero sentido de la palabra— destinada a buscar una nueva cosmovisión en medio de una cultura enferma o «en crisis», que identificaríamos con una cosmovisión «liberal-burguesa» que había acentuado excesivamente el aspecto técnico-económico, deshumanizando la cultura.

Y agregaríamos que este movimiento histórico-cultural que denominamos Romanticismo no llegó a imponer una nueva cosmovisión de recambio y abortó en poco más de medio siglo, por una serie de características que trataremos de señalar a través del desarrollo de estas líneas. De todos modos adelantaremos que ello obedeció, de algún modo, a sus aspectos excesivamente elitistas y a la capacidad de reacción de la sociedad de la época, que supo incorporar algunos elementos propios del movimiento romántico.

Esta primera aproximación al fenómeno romántico, desde una visión histórico-cultural, nos lleva indefectiblemente a compararlo con el tradicionalmente denominado «Renacimiento» que sufrió consecuencias parecidas y, aunque abortó, ayudó al surgimiento de la cosmovisión moderna. El análisis del fenómeno del Renacimiento requeriría otro trabajo de revisión similar al que aquí esbozamos.

Las comunes referencias al Romanticismo suelen identificarlas con un verdadero Caos, situación que creemos se modifica y aclara si logramos integrar el tema en el contexto histórico-social, no como una mera apreciación artístico-idealista, analizándolo como un movimiento de oposición a la «vida burguesa mecanizada» que produjo la mencionada cosmovisión «liberal-burguesa».

## SUS ORIGENES

El Romanticismo surgió en un contexto histórico muy particular, en una Europa que comenzaba a tomar conciencia de las modificaciones estructurales que significó la «Revolución» (francesa) y su consecuencia expansionista que fue Napoleón Bonaparte, quien, no solamente modificó totalmente el tablero de la composición política de Europa —el mundo de la época— sino también consolidó con sus tropas y sus

ideales de libertad e igualdad la cosmovisión «liberal-burguesa» que hemos citado (3). Bastaría para ello hacer referencia a las importantes reformas jurídicas, que generalmente se minimizan por una excesiva acentuación de sus brillantes campañas militares.

En los territorios germanos ocupados por las tropas napoleónicas, en el ambiente universitario, comenzó el movimiento de reacción por obra de unos pocos docentes convencidos de la necesidad de «re-pensar» los «orígenes germanos» en el espíritu del tratado carolingio de Verdún como contraposición a una Francia cada vez más consolidada y consecuentemente expansionista.

En la ciudad de Jena, en junio de 1815, un grupo de entusiastas jóvenes estudiantes fundaron la «Burschenschaft» que, bajo el lema «Honor, Libertad, Patria», intentaba reunir a todos los estudiantes de la nación alemana. Dos años después, con la recién adoptada bandera negra, roja y oro, se agruparon alrededor de quinientos clubes que integraban el nuevo movimiento de reivindicación nacional.

Pero estos grupos tuvieron —como es históricamente tradicional— una previa elaboración en el «campo de las ideas». La tradición establece que el Romanticismo tuvo su origen —como si fuera posible una fecha exacta para un movimiento de esta índole— en el año 1774 cuando Johann Wolfgang Goethe publicó su célebre novela «Werther», labor acentuada en 1776 por Máximo Klinger, al dar a luz su «Sturm und Drang» (Tempestad y Violencia), que dio nombre a una importante corriente literaria.

La Revolución (de 1789) tuvo sus epígonos en tierra germana y muchos jóvenes alemanes sintieron despertar en sí los ideales de libertad e igualdad que pregonaban sus hermanos franceses y se sintieron contagiados por esa «especie de acontecimiento sobrenatural con sello de la divinidad», cuyos rasgos sentimentales y también totalitarios ya se insinuaban en la prédica del ginebrino Juan Jacobo Rousseau y que prendieron —por su identificación con la corriente romántica— marcando algunas de sus tendencias.

Como ya señalamos, Jena fue de algún modo la cuna de este movimiento intelectual juvenil que preparó «las pequeñas hogueras de un gran incendio» que obviamente no vieron los teóricos románticos. Por allí pasaron las ideas de Herder, Goethe, Schiller, Novalis, los hermanos Schlegel, Hölderlin, Schelling, Fichte, Schliermacher y aún Hegel.

El término «romántico» parece haber sido utilizado por vez primera por August Schlegel en 1801 y madame Stael, influida por éste en su carácter de preceptor de la su familia, las difundió —en su «De Alemania», publicada en 1810— por toda Francia y a través del francés pasaron a toda Europa. Esta curiosa y sugestiva mujer fue «la divina

(3) Cfr. RAVIGNANT, P. *Lo que verdaderamente dijo Napoleón*. Madrid, Aguilar, 1970.

inspiradora» de la joven generación romántica francesa (1820/30), cuya vitalidad se agostó tras la revolución parisina de 1848.

Ya en 1794 el sueco Monderfeld esbozaba el espíritu de esta nueva generación —élite internacional alejada del contacto con las masas que surgían— cuando escribía en su correspondencia: «Oíd mortales, todo mal, el moral y el físico, desaparecerá de la tierra, sólo el bien prevalecerá eternamente» (4).

En tierra germana el Romanticismo —embelesado por las ideas de Libertad— adoptó un matiz literario-estético y finalmente filosófico, mientras que en Francia, tras la restauración borbónica, acentuando en cambio el concepto de Igualdad, se ocupó fundamentalmente de la recién redescubierta «cuestión social», defendiendo los derechos humanos ante las injusticias de la opresión capitalista de la «revolución industrial», cuyas taras y falencias describieron magistralmente los escritores realistas como Emile Zola y Guy de Maupassant. Esta vertiente francesa estuvo emparentada con el resurgimiento esotérico de las «ciencias espirituales» que favorecieron el «romanticismo religioso» —tan común a las nuevas ideas de la década del 30 en Francia— y tuvo su expresión más acabada en el positivismo comtiano. Por esta vía el romanticismo francés se deslizó hacia el socialismo; en su fundador Jean Jaurés privó un acentuado matiz humanitario, progresista y anti-materialista, antes de adoptar la vía internacionalista-proletaria que en la línea hegeliana aportó Karl Marx.

Roger Picard sintetiza claramente este acento francés al escribir que «... los románticos sociales pretenden que todos los fines últimos de los hombres se realizan en esta tierra; la idea de salvación y de la gracia divina la sustituyen por la de la felicidad y la justicia social, y sobre otros puntos separan también del cristianismo como, por ejemplo, negándose a aceptar el dogma del pecado original, y con su teoría acerca del progreso» (5).

En Alemania, en cambio, el movimiento romántico adquirió un claro tinte anti-francés y también autoritario, motivado especialmente por el terror y el espanto que habían provocado los excesos de la Revolución en pensadores de la época como Burke, Bonald, De Maistre y Chateaubriand, cuyas obras se difundieron entre la intelectualidad germana. «Herder suspende la publicación de sus reflexiones sobre la revolución francesa expuestas en sus «Cartas para el progreso de la Humanidad», que había comenzado a escribir en el otoño de 1792... En 1793 teme ya el triunfo de la reacción:«Ellos nos han causado a todos nosotros un daño irreparable... Estos hombres sin ley, violentos, vanidosos e intransigentes, han marcado con su hierro candente a las más nobles naciones

(4) Cit. HEER, F., *op. cit.*, t. I, p. 24.

(5) PICARD, Roger. *El romanticismo social*. México, FCE, 1947, p. 341.

de la Humanidad. La barbarie y la tiranía volverán a echar profundas raíces» (6). De aquí en más el romanticismo en su cuna, fue cada vez menos liberal y más autoritario.

Una breve idea de la reacción que produjo la «exageración de la tan ansiada y camada Libertad» (¡Cuántos crímenes en tu nombre!) nos la aporta el español Larra, cuando en *La Regente*, ironiza: «era un hombre que ya no creía sino en lo que tocaba, hecha excepción de la libertad, que no la pudo tocar nunca y creyó en ella muchos años», y como lo anticipara Lammennais, «el liberalismo tenía razón: la libertad salvará al mundo, no ciertamente la suya, sino la que prepara sin que se de cuenta de ello».

De aquí en más y por estos aspctos históricos concretos que hemos esbozado, el movimiento romántico —en su aspecto político-social— adoptó dos vías totalmente diferentes que intentaron crear una nueva cosmovisión de recambio: «el socialismo (internacionalista) que triunfó en Inglaterra y Francia —países de antigua tradición y poderosas instituciones donde la cuestión social había despertado la sensibilidad de los intelectuales— y el nacionalismo que se impuso en Alemania e Italia, dando lugar a la creación de los estados nacionales, pero también abriendo la brecha hacia los movimientos totalitarios del siglo XX. En esta última corriente podríamos ubicar también —con algunos matices diferenciales específicos debidos a su escaso contacto con el resto de Europa— a Rusia, cuyo movimiento «romántico» lo encontramos insinuado en el «nacionalismo» del historiador Karamzin durante las postrimerías del reinado del zar Alejandro I y a su muerte, en la frustrada revolución dekabrista.

## CARACTERISTICAS

Ya en 1801, en su «Neología» Sebastien Mercier aclaraba que «el romanticismo no se define, se siente», preparando el terreno al análisis excesivamente estético del fenómeno romántico. Y el mismo Goethe —padre del movimiento— escribía en el «Fausto» en idéntica dirección: «¿No sientes en tu corazón la acción de un poderoso desconocido que revolotea a tu alrededor, visible en un misterio invisible? Déjale que sature tu alma, y cuando hayas hallado la dicha en ese sentimiento, llámale como quieras, llámala Alegría, Corazón, Amor, Dios, no tengo palabra para nombrarlo. Todo es sentimiento» (7).

Como señalamos precedentemente, el Romanticismo surgió —en el contexto de la irrupción del ideal de libertad y sojuzgamiento político—

(6) HEER; F., *op. cit.*, t. I, p. 97/98.

(7) Cit. DAWSON, Christopher. *Progreso y Religión*. Buenos Aires, Huemul, 1964, p. 33.

como un movimiento de oposición primeramente instintiva e inconsciente contra el exceso de racionalismo de una vida burguesa cada día más mecanizada; su sentimentalismo y su emotividad les llevaron a buscar «una interpretación mágica de la existencia».

De la imagen del romántico tenemos bien presente su evocación de la melancolía, la inclinación al ensueño, la aspiración al ideal, el encanto del pasado recordado por sus ruinas y el misterio de la naturaleza. «Durante este período, una tendencia especial, el «mal du siècle» se apodera de la juventud. Este exagera la sensibilidad y empuja al hombre al hastío de lo real, al aburrimiento, al «spleen»... El modelo de la insatisfacción, del hastío de lo real y de la búsqueda de lo inalcanzable es René: «Fue en las landas de Coburg donde me convertí en lo que soy, donde por primera vez sentí el profundo hastío que he arrastrado toda mi vida, esta tristeza que ha constituido mi tormento y mi felicidad (R. de Chateaubriand, *Memoires d'autre-tombe*) (8).

En otro aspecto su crítica a la «sociedad burguesa» enferma, desde dentro de esa propia cosmovisión (matiz individualista que no lograron superar) les llevó a la evasión. El escapismo convirtió al Romanticismo político en una nueva utopía —entre la enorme variedad de ellas que surcaron y aún avanzan por la Modernidad hiper-racionalizada—; y esta huida de la realidad, apreciada aun en los convencionalismos y los usos de ropa, les llevó a la búsqueda de un pasado idealizado y sentimental (baste mencionar sus revisiones de la llamada Edad Media); el interés por el pasado que fomentó la búsqueda del matiz utópico de un nuevo porvenir «perfecto». Estas características nos ayudan a comprender el por qué de la cantidad de historiadores pertenecientes a este período. Baste citar como ejemplo a Herder, Karamzin, Palacky, Stein, Savigny, Ranke, Mommsen, Thierry, Michelet, Guizot, Cantú...

La evasión de la realidad —en el plano de lo ético— condujo a su vez en el contorno individualista anteriormente citado, a la aparición del «Genio»; entendido como aquel que ante el convencionalismo burgués se diferencia por su apariencia exterior o, básicamente, por las normas que se autoimpone. En este aspecto resulta de interés destacar las referencias al «culto al yo» que saturan la literatura romántica, como también el papel particular que le cabe al «poeta» —el futuro Mesías— identificado con el citado genio. El mismo Balzac nos clarifica estos conceptos al escribir: «hoy ocupa el poeta el lugar del sacerdote. Toma la luz del altar y la conduce al seno de los pueblos... El consuela, condena, ruega y profetiza. Su voz no sólo resuena en la nave de la cátedra, sino que encuentra su eco de uno a otro confín de la tierra. La humanidad es su grey, escucha sus poesías y las medita... El pontífice

---

(8) Cit. SENDRAIL, Marcel. *Historia cultural de la enfermedad*. Madrid, Espasa-Calpe, 1983, p. 366.

de este terrible y mayestático poder no depende ya de los reyes ni de los poderosos, sino que ha recibido su misión de Dios» (9).

Para el romántico «la apariencia externa ha de ser al propio tiempo inconformista y austera. El frac, «propio del tiempo de la decadencia», quedaba sustituido por un «estrecho pantalón, que designaba la musculatura... una levitilla de menguada faldamenta, abrochada tenazmente hasta la nuez... un pañuelo negro descuidadamente anudado... y un sombrero terciando hacia la ceja izquierda», que permitía que se descolgaran «por bajo de él... dos guedejas de pelo negro y barnizado» que ocultaban las orejas. «Las patillas, la barba y el bigote», que configuraban «aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear a dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos... de mirar sombrío, una frente triangular y fatídica» (10).

## LAS VERTIENTES

El matiz nacionalista que adquirió el romanticismo en su expresión política fue estudiado por muchos pensadores, pero generalmente fuera del contexto más amplio del «movimiento romántico». El claro lema de Jena: «Honor, Libertad, Patria» nos anticipa la dirección que tomó el movimiento, cuya expresión más acabada se vio en las tierras germana e italiana. Ya en 1798, en el contexto del interés por volver al pasado y encontrar el elemento común al pueblo germano («el espíritu de los pueblos» de Hegel) el poeta Novalis pretendía imponer el término «Volkstum» (del pueblo) en reemplazo del tradicional pero poco definido de «Nationalität». En 1799, siempre preocupados por la identidad alemana frente a la ocupación francesa, Guillermo de Humboldt sostuvo que el idioma era el «alma de la nación», favoreciendo el «renacimiento literario» del Romanticismo, que una vez más copió las características del Renacimiento del siglo XV. Ello provocó un avance de los estudios filológicos —la búsqueda de documentación histórica— y el criterio que «la lengua común era la patria común»: principio que nucleó los estados modernos —«el idioma romance del siglo XV»— y también consolidó la unidad alemana e italiana en el siglo XIX, a la vez que remarcaba el patriotismo nacional «anti-francés» o «anti-austríaco» según el caso.

Pero fue Johann Gottfried Herder quien más claramente planteó el problema y enumeró los caminos para solucionarlo al defender la unidad espiritual de la nación («el alma de los pueblos») y la necesidad de preservarla y acrecentarla por medio de la educación. Esta línea de pensamiento fue retomada por Johann Gottlieb Fichte y llevada a su má-

(9) HEER, F., *op. cit.*, t. I, p. 280/81.

(10) MESONERO ROMANOS. *Escenas matritenses*. Madrid, 1964, p. 59. Cit. RODRIGUEZ CASADO, Vicente. *Orígenes del capitalismo y del socialismo modernos*. Madrid, Espasa Calpe, 1981, p. 321.

xima expresión en sus «Discursos a la nación alemana» en 1807, donde escribirá: «hay que educar a toda la nación, una vez que su antigua vitalidad se ha extinguido absorbida en la de un pueblo extraño, y hay que enseñarle los medios de vivir con existencia nueva, que le pertenecerá exclusivamente: en una palabra, hay que transformarla por completo, mediante el plan de educación que yo propongo como el único medio de regenerar a la nación alemana» (disc. 1.º) ... «el alemán es una rama germánica, es decir, una rama del pueblo que tuvo por misión enlazar de nuevo el orden social establecido en la Europa antigua con la verdadera religión conservada en Asia, inaugurando así una nueva época, completamente distinta de la antigüedad decaída» (disc. 4.º) ... «Únicamente la nación que haya resuelto verdaderamente el problema educativo del hombre perfecto, será capaz de realizar ese otro problema del Estado perfecto» (disc. 6.º) y en un criterio claramente expansionista: «sus esfuerzos por crear algo eterno, su conocimiento de la eternidad de su propia vida; he aquí lo que les liga íntimamente a su nación, y mediante ella, a toda la humanidad...» (disc. 8.º). Fichte, muy nítidamente, reemplazó la utopía rousseauiana del hombre naturalmente bueno, por la utopía del Estado naturalmente razonable.

Un paso más en el desarrollo de esta vertiente nacionalista fue aportado por Hegel, a quien muchos dudarían en ubicar en el romanticismo, pero cuya continuidad política es innegable. Este adoptó las ideas de Fichte sobre la educación y el estado y las incorporó en una concepción totalizadora, que, al absolutizar al idealismo, lo integró a la Historia, reemplazando la idea de Nación por el concepto de Estado. Como señala Rodríguez Casado «el sistema hegeliano es el punto más avanzado del racionalismo, pues consigue incorporar algo que hasta entonces se le había escapado, incluso al propio Kant: la Historia... A la razón pura de Kant se le escapaba el sentido histórico. Es quizá por eso, como una reacción natural del espíritu humano, por lo que los hombres del XVIII se dedicaron a cultivar la Historia con mucho mayor entusiasmo que en las etapas anteriores. En una época en que todo se racionaliza, el estudio de la Historia fue como el respiro necesario para no ahogarse en la sequedad y la aridez del puro proceso mental. Acaso también por el mismo motivo pueda explicarse la tendencia histórica romántica, que confunde un pasado idealizado con sus propios anhelos pasionales del momento en que viven» (11). En la corriente de Fichte, Hegel sostuvo que «en cada época domina el pueblo que mejor encarna el más alto concepto del espíritu» y de este modo reivindicó para Alemania el derecho de reemplazar a la Francia revolucionaria, preparando —sin quererlo— el camino a la guerra franco-prusiana, cuyos orígenes carolingios se habían ocultado a través del tiempo. Así, para

---

(11) RODRIGUEZ CASADO, V., *op cit.*, p. 341.

Hegel, «el Estado es un fin en sí mismo, absoluto e inamovible.. el Estado es en sí y por sí la totalidad moral... el Estado es el espíritu que está en el mundo... el Estado es la Idea Divina en cuanto existe en la tierra», o sea, «el Estado es el reino de Dios sobre la tierra»... y una vez más estamos en plena utopía «milenarista», pero en este caso con el gran peligro de ser concretable, al desatar nuevas fuerzas ocultas.

De este modo el Romanticismo —considerando esas «líricas» nacionalidades como «entes reales» y etapa necesaria del «progreso» (dialéctica del espíritu en Hegel) desencadenaron una serie de pasiones contenidas por años de «equilibrio permanente», que no se pudieron contener y llevaron en la primera mitad de nuestro siglo al «suicidio de Europa».

Esta concepción «nacional» tuvo otro continuador en las tierras germanas: Federico List, quien en sus discursos sobre el pan-germanismo (la unidad alemana) incorporó a esta mezcla explosiva el concepto de «raza», afirmando que «la raza germánica, de eso no hay ninguna duda, ha sido designada por la Providencia, a causa de la naturaleza y de su mismo carácter, para resolver ese gran problema: dirigir los asuntos de todo el mundo, civilizar a los países salvajes y bárbaros y poblar a los que aún se encuentran inhabitados» (12).

Este conjunto de ideas favorecieron la unidad alemana, pero también llevaron a la deificación del estado germano, destinado a cumplir una misión providencialista en el mundo —(Deutschland über alles) = Alemania por sobre todo)—, concepción que —en su contexto europeo— dio lugar además del pan-germanismo, al paneslavismo —de cuna germana— y también a la reacción de los pensadores franceses que en un medio más positivista no dejaron de resaltar al estado francés frente al papel prioritario que reivindicaba la nueva Alemania. Ernesto Renan escribió: «Una nación es un alma, un principio espiritual... un pasado heroico, grandes hombres, la gloria; he aquí el capital social sobre el que asentamos una idea nacional. Poseer glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente, haber hecho grandes cosas juntos, querer hacerlas todavía, he aquí las condiciones esenciales para ser un pueblo» (13). Así se fue elaborando el «chauvinismo» francés que por la «gloire de France» y su «sagrado egoísmo» no vaciló en participar de las ruinas de la civilización europea.

En la península itálica estas mismas ideas se desarrollaron en un ambiente mucho más liberal —y masónico— por medio de la «Joven Italia» fundada para divulgar este ideario por Giuseppe Mazzini, quien en 1833 escribió: «la unidad de costumbres, de lengua, de literatura

(12) Cit. WEILL, G. *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad*. México, UTEHA, 1961, p. 73.

(13) RENAN, Ernesto. *¿Qué es una nación?* Buenos Aires, Elevación, 1947, p. 39/40.

debe, en un porvenir más o menos lejano, reunir por fin a sus habitantes bajo un solo gobierno» (14).

Cabe señalar como conclusión de esta primera vertiente que el principio de las nacionalidades en los pensadores y políticos más liberales se inclinará por el «pueblo», mientras que los conservadores preferirán basarse en el «espíritu» o las divisiones territoriales dinásticas.

Este nacionalismo romántico llevaba en sí los gérmenes de una internacionalización relacionada con la «misión mesiánica» universal que Heine señaló al afirmar «todos los pueblos de Europa y del mundo deberán atravesar esta agonía, por la que la vida surge de la muerte y por la que a la nacionalidad pagana sucede la fraternidad cristiana». Claro que no previó —u omitió— que ello iba a intentarse con la espada —o la ametralladora— y por razones muy ajenas a la «fraternidad cristiana».

Estas ideas, como sabemos, permitieron concretar la unidad italiana y la unidad alemana, a la vez que, por otra parte, condujeron al desmembramiento del imperio turco y del austro-húngaro.

## LA VERTIENTE SOCIALISTA

Como observábamos precedentemente, la orientación socialista del Romanticismo triunfó básicamente en aquellos países que tenían un acentuado y tradicional concepto de unidad nacional, y por ello se encontraban más preocupados por la «cuestión social», surgida como consecuencia de la explotación de los obreros con motivo de la primera fase del proceso de la revolución industrial.

Los socialistas, al acentuar el concepto de igualdad, no podían menos que desconfiar de la exageración de la libertad de sus contemporáneos, de la cual descreían y consecuentemente creían posible modificar autoritariamente el medio, convirtiéndolo en igualitario y paradisiaco.

El socialismo, como bien señalan los especialistas, más que una doctrina económica precisa —como podría serlo el capitalismo— es una disposición sentimental identificada con la fe en un «progreso indefinido» que embriagó todo el pensamiento europeo a partir de las ideas fisiocráticas de Turgot y Condorcet, elaboradas sobre el nuevo concepto de «orden natural» y redefinidas por las ideas rousseauianas de la «bondad natural del ser humano». El mismo Víctor Hugo —uno de los pilares del romanticismo— no vacilaba en escribir que «socialismo y romanticismo son una misma cosa» (15).

(14) Cit. WEILL, G., *op. cit.*, p. 83.

(15) En: Shakespeare, II, p. 11.

El término «socialismo» —al que luego Friedrich Engels, autoconvencido del científicismo de sus teorías compartidas con Karl Marx, denominó «utópico»— tuvo su origen en el linotipista y periodista francés Pierre Leroux, quien, en noviembre de 1833, utilizó por primera vez este neologismo en la «Revue Encyclopedique» cuando expuso las nuevas ideas «románticas» del ex-duque de Saint Simon destinadas a oponerse en defensa de la sociedad a un individualismo exacerbado por la propia Revolución francesa. Esta misma línea de defensa de «lo social» condujo a la creación de la sociología como disciplina destinada a comprender la sociedad en su conjunto, y, también... a modificarla.

Estas ideas fueron usadas y difundidas por toda Europa por la publicación «Qué es el socialismo» realizada por el inglés Robert Owen en 1841, aunque su exponente más original —y más romántico— fue indudablemente Charles Fourier —autollamado «señor feudal del romanticismo» y defensor del sansimonismo, convertido en el «romanticismo de los sabios»—.

En la breve referencia que realizaremos de las ideas socialistas, acentuaremos fundamentalmente aquellos aspectos que más claramente denotan su matiz romántico.

La conformación del pensamiento socialista bebió profundamente en las corrientes místicas y utópicas del pensamiento «optimista» del siglo XVIII —germen de las ideas contemporáneas— e incorporó los relatos —y sus propias conclusiones— de las descripciones de los viajeros que recorrieron exóticas tierras lejanas, verdadero «paraíso perdido», en el que se creía la existencia de una sociedad perfecta sin propiedad privada; modelo idealizado que llevó a la conclusión que cualquier «Genio» romántico podría estructurar tal sociedad en la Francia o la Inglaterra del siglo XIX. Y en última instancia, este regreso a la «edad de oro» —verdadero mito político-religioso— podría hacerse viable, según dichos autores, si se lograba eliminar el obstáculo —variable según las épocas— que impedía la conformación de la sociedad perfecta en la tierra. ¡Todo era cuestión de razonamiento... y de imaginación!

En este contexto actuó Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint Simon, descendiente de Carlomagno y el primer iluminado (Genio) destinado a re-crear el Paraíso terrenal, cuyas elucubraciones como veremos —y por otra parte era lógico— concluyeron con la creación de una nueva religión «industrial» que pretendió incorporar la ciencia moderna.

Saint Simon, convencido de las ventajas de ésta, se consideró llamado a ser el «Newton contemporáneo», destinado a encontrar las leyes sociales que permitieran la felicidad terrena.

Tras renunciar en plena Revolución francesa a su título nobiliario, haber viajado por el mundo y, participado en la lucha americana, Saint Simon de dedicó —de regreso en su patria— a predicar las nuevas ideas para crear su sociedad perfecta. En su «Ensayo sobre la organización social» escribió: «El siglo XVII ha producido hombres de genio en todos los géneros: dio nacimiento a Newton. Durante el siglo XVIII hicieron grandes progresos las ciencias exactas; las ideas supersticiosas fueron fulminadas. ¿Qué acontecerá en el siglo XIX? La ciencia de la organización social se convertirá en ciencia positiva: su teoría se basará en la observación debida a Condorcet. Todos los pueblos ilustrados adoptarán la opinión de que los hombres de genio deben ser colocados en la primera fila de consideración» (16) y en otras de sus obras expuso su proyecto de organización escribiendo: «La noche pasada oí las siguientes palabras: Roma renunciará a la pretensión de ser la cabeza de mi Iglesia; el Papa, los cardenales, los obispos y los sacerdotes, dejarán de hablar en mi nombre; el hombre se sentirá avergonzado de la impiedad que comete al encargar a tales impresiones de representarme. Yo prohibí a Adán diferenciar el bien del mal; y él me desobedeció; yo lo arrojé del paraíso, pero yo he dejado a su posteridad un medio para apaciguar mi cólera: que trabaje a perfeccionarse en el conocimiento del bien y del mal, y yo mejoraré su suerte; llegará el día en que haré de la tierra un paraíso. Todos aquéllos que han fundado religiones han recibido de mí el encargo, pero no han comprendido las instrucciones que les he dado; han creído que yo les había confiado mi ciencia Divina, su amor propio les ha conducido a trazar una línea de demarcación entre el bien y el mal, en las acciones más minuciosas de la vida del hombre, y han descuidado la parte más esencial de su misión, la de fundar un establecimiento que haga seguir a la inteligencia humana el camino más corto para acercarse indefinidamente a mi Divina previsión; han olvidado prevenir a los ministros de mis altares que yo les retiraré el poder de hablar en mi nombre, cuando cesen de ser más sabios que el rebaño que conducen y se dejen dominar por el poder temporal. Sabed que he colocado a Newton a mi lado y que le he confiado la dirección de la luz y el mando de los habitantes de todos los planetas... La reunión de veintiún elegidos de la humanidad llevará el nombre del consejo de Newton; el consejo de Newton me representará en la tierra y dividirá a la humanidad en cuatro partes, que se denominarán inglesa, francesa, alemana e italiana. Cada una de esas divisiones tendrá un consejo compuesto de la misma manera que el consejo principal. Todo hombre, cualquiera sea la parte del mundo que habite, se incorporará a una de esas divisiones, y se suscribirá ante el consejo principal y el de su división. Todo hombre que no obedezca esta orden será considerado y tratado por los demás como un cuadrúpedo. Las mujeres podrán

(16) CEPEDA, A. *Los utopistas*. Buenos Aires, Futuro, 1944, p. 130.

suscribirse y ser elegidas. Los fieles serán tratados, después de su muerte, como lo hayan merecido de acuerdo a su vida...» (17). ¡Baste como muestra!

Esta prédica —como observamos— concluirá en una religión y el propio Saint Simon identificó este cariz utópico-romántico cuando hizo escribir en su lápida: «La edad de oro del género humano no está tras nosotros, sino ante nosotros y consiste en la perfección del orden social. Nuestros padres no la han visto; nuestros hijos llegarán a ella un día; a nosotros nos corresponde abrir el camino» (18).

A la muerte de Saint Simon sus doctrinas se bifurcaron en dos grandes corrientes: una rama práctica que se inclinó por el industrialismo y el positivismo e influyó sobre Haussmann, Ferdinand de Lesseps y otros muchos técnicos saintsimonianos, fomentó la tecnocracia (para ellos Saint Simon convirtió la política en «ciencia de la producción») y curiosamente sirvió de acicate para el avance tecnológico tanto del mundo socialista, como del capitalista; la otra rama —más romántica o sentimental— se inclinó por lo artístico-religioso hasta extinguirse en una exótica secta que retomó sus contactos originarios con el resurgimiento de los aspectos espiritistas y gnósticos.

No es ajeno a esta corriente romántica del socialismo Pierre Leroux, nacido en París en 1797, linotipista y luego periodista, que en 1822 publicó un original proyecto de construir una «sociedad perfecta» basándose en el «pianotipo», invento propio como anticipo del linotipo permitía «emancipar el pensamiento, poniéndolo a cubierto de todas las censuras imaginables».

Tampoco Leroux, pese a su acentuado criterio práctico, pudo escapar al utopismo romántico. A él pertenece este párrafo: pragmático de crítica a la sociedad capitalista: «hoy, cuando se habla a los hombres de la virtud, se ríen; cuando se les habla de heroísmo, se ríen; cuando se les habla de caridad, se ríen; cuando se les habla de religión, se ríen; cuando se les habla de la vida futura, se ríen; cuando se interroga su alma para comprobar si poseen algún sentimiento de la vida eterna, se ríen; en fin, cuando se les habla de Dios, se ríen más fuerte todavía. Pero cuando se les habla de la propiedad, se ponen serios y prestan atención... Los millonarios y los capitalistas son los nobles de nuestro tiempo. El derecho feudal existe siempre. Antes éramos esclavos de un hombre cubierto de hierro, hoy seguimos la ley de los ricos. No es una fortaleza construida en lo alto de una montaña la que nos domina y nos dicta la ley, sino una caja fuerte» (19). Pero en las soluciones es estrictamente utópico, ya que escribe: «cualquier función de la sociedad

(17) Cit. CEPEDA, A., *op. cit.*, p. 120.

(18) Cit. PICARD, R., *op. cit.*, p. 236.

(19) En: *La carrosee* de M. Aguado, 2.º art., p. 186. Cit. CEPEDA, A., *op. cit.*, p. 211/12.

sólo puede ser ejercida por la asociación de tres personas, cada una de las cuales represente, de manera predominante, una de las tres fases de nuestra naturaleza. El elemento social del trabajo no es, pues, un individuo, sino tres individuos, una triada... La función que se llama imprenta consiste en tres funciones indisolublemente unidas: al corrector corresponde el conocimiento; al cajista, el sentimiento y al impresor, la sensación...» (20) y en otra parte —bien románticamente— «la idea no es más que la envoltura, una forma, aunque necesaria; pero lo que realmente existe, lo que está bajo esa forma, es el sentimiento de que se ha impregnado esa envoltura y que debe abandonarlo para tomar otra forma. Las ideas, las formas mueren, por consiguiente... Qué hay, pues, de sólido en ese eterno combate de las ideas? El principio de que el sentimiento se desarrolla sin cesar y se perfecciona en la humanidad...» (21).

Pero en quien más se acentuó la veta romántica entre los socialistas fue en el francés Charles Fourier, nacido en 1772, comisionista, tenedor de libros, cajero y viajante incansable, que en 1804 anunció en el «Boletín de Lyon» haber descubierto «la panacea universal» para todos los males de la sociedad. Allí escribía con gran franqueza: «¡Grandes hombres de todos los siglos! Newton y Leibnitz, Voltaire y Rousseau, ¿sabéis en qué habéis sido grandes? En ceguera. Muy pronto no pareceréis más que locos, por haber pensado que la civilización sea el destino social del género humano... ¡Sabios ciegos, contemplad vuestra ciudad hormigueando de pobres, a vuestros ciudadanos, luchando con el hambre, a vuestros campos de batalla y a toda vuestra infamia social...! ¿Cómo no habéis intuido... que Dios hubiera sido imprevisor si no hubiese inventado un medio para lograr la felicidad del hombre?» (22). Y en otra parte: «yo solo habré confundido veinte siglos de imbecilidad política y a mí únicamente deberán las generaciones presentes y futuras su inmensa dicha. Antes de mí la humanidad ha perdido miles de años en luchar neciamente contra la naturaleza; y yo he triunfado ante ella, el primero, estudiando la atracción de los seres, órgano de sus decretos; ella se ha dignado sonreír al único mortal que la ensalzaba sinceramente y me ha entregado todos sus secretos» (23).

La concepción foureriana, encarnada en el falansterio, se basó en la teoría de las pasiones e intentó hallar la solución a la convivencia social en la asociación, afirmando que todos sus antecesores habían fracasado por intentar soluciones en cantidades sumamente reducidas y que su asociación no fracasaría por moverse con millares.

(20) *Discours sur la doctrine de l'Humanité*. Cit. CEPEDA, A., *op. cit.*, p. 215/16.

(21) *L'Electisme*. 2.ª parte, 17. Cit. CEPEDA, A., *op. cit.*, p. 207.

(22) TOSI, V. *Carlo Fourier e il suo falansterio*. Savona, 1921, p. 30/40.

(23) CEPEDA, A., *op. cit.*, p. 136.

Mientras sus ideas eran difundidas, Fourier anunció que todos los días esperaba, de doce a una, la visita de algún mecenas dispuesto a pagar para poder concretar la creación de un falansterio. Aguardó durante quince años.

De él escribió Heine: «cuántas veces le he visto pasar, presuroso, a lo largo de las columnas del Palais Royal embutido en su raída chaqueta gris, los bolsillos repletos, de uno de los cuales asoma el cuello de una botella y del otro una larga barra de pan» (24).

Tampoco Fourier pudo evitar dejar volar su imaginación —que en su caso era especialmente prolífica— llegando a afirmar que el mundo duraría 80.000 años, de los que 36.000 serían de progreso, 8.000 de apogeo y 36.000 de decadencia...; también soñó con un mundo ordenado según una cadena universal de falansterios sometidos a un «omniaque», que reinaría en Constantinopla; serían fertilizados los desiertos, el agua de los mares sería potable y sabría a violetas y una eterna primavera reinaría en la tierra, adaptada a las necesidades del hombre, que tendría dos metros quince de estatura y viviría alrededor de 144 años.

Estos autores nos sirven como muestra de las características peculiares que adquirió el romanticismo político en Francia, convertido en socialismo, pero también nos permiten vislumbrar una nueva veta autoritaria del Romanticismo político destinada a imponer la sociedad ideal.

Ambas vertientes —en última instancia— más que aportar ideas novedosas, llevan a la lucha emoción y entusiasmo; que como todo sentimiento ajeno a la razón puede desencadenar consecuencias incontables.

Al comenzar estas líneas habíamos expresado que el intento del Romanticismo de convertirse en una nueva «*Reltanschauung*» habría abortado por una serie de características.

Señalemos, por ejemplo, que el «idealismo» alemán, llevado a su máxima expresión racionalizada por Hegel, se derrumbó exhausto a la muerte de éste (1831), convirtiéndose en «materialismo» y posteriormente en socialismo científico, aunque conservó algunas características románticas que Marx no pudo evitar en su formación, y exposición como pensador. Ya un año antes de la muerte de Hegel, Goethe había profetizado con gran intuición: «un viejo mundo desaparece con nosotros».

No son pocos los autores que consideran que el fracaso de la revolución sentimental, fraternaria y utópica (romántica) de 1848 marcó el agotamiento del «abortado intento romántico» de imponer una nueva cosmovisión.

---

(24) HEER, F., *op. cit.*, t. I, p. 273.

Rodríguez Casado, en cambio, retoma críticamente los ideales revolucionarios y observa que «libertad e igualdad son conceptos que o se equilibran en «la gallardía y la madurez» de la responsabilidad personal y social del hombre, facetas ambas del desarrollo de su capacidad de trascendencia; o provocan conflictos tan graves que tienden a dividir la sociedad en bandos irreconciliables, radicalizados ambos en la defensa a ultranza de cualquiera de esos valores con menoscabo del otro, precisamente porque los dos han sido despojados de su auténtica raíz» (25).

Pero fundamentalmente, como sugeríamos al comenzar estas líneas, el Romanticismo debió su fracaso —en nuestra opinión— a su incapacidad de evadirse de las características acentuadamente individualistas propias de la cosmovisión liberal burguesa, que pretendió superar desde dentro y terminó absorbido por ella.

Como reacción ante esta corriente «reaccionaria» apareció el realismo —que marcó un nuevo avance del racionalismo puro— en la literatura y también en la política. Claro ejemplo de ello es la «real-politik» del canciller Bismarck. También surgieron el positivismo científico que se tradujo en la publicación por Comte de su «Curso de filosofía positiva» en 1830/42 y algo más tarde, con los matices que enunciamos, el marxismo. Karl Marx, ya en 1842 como enterrando todo intento de continuidad con el utopismo —aunque no pudo evitar su influencia— les acusó: «comprometen nuestra causa y nuestra posición con ese romanticismo revolucionario, esa pretensión de genio y fanfarronería» y Friedrich Engels marcaba más aún la ruptura cuando en 1877 publicó una serie de artículos críticos que en 1883 reagrupará en su «Del socialismo utópico al socialismo científico».

El Romanticismo político estaba muerto en la práctica, pero como señalara una generación antes Alfred de Musset: «desde entonces, se formaron dos campos: de una parte los espíritus exaltados, que sufren, todas las almas expansivas que necesitan el infinito bajaron la cabeza llorando... De la otra, los hombres de carne permanecieron de pie, inflexibles, en medio de los goces positivos, y no sintieron otro afán que el de contar el dinero que tenían».

FLORENCIO HUBEÑAK  
*Universidad Nacional de Mar del Plata*

---

(25) RODRIGUEZ CASADO, C., *op. cit.*, p. 351.